

FR. MANUEL DE NAVARRETE.

SONETO.

DE LA HERMOSURA.

Mira esa rosa, Lisi, en la mañana
Con las perlas del alba enriquecida,
Y en trono de esmeraldas, tan erguida,
Que parece del campo soberana.

No tarda, aunque la miras tan ufana,
En verse por los vientos sacudida,
Y advertirás entonces convertida
En mustia palidez su hermosa grana.

No de otra suerte, Lisi, tu belleza,
Cual si de eterna fuese su esperanza,
Te adorna de gallarda gentileza;

Pero vendrá la muerte sin tardanza,
Y marchito el verdor de su entereza,
Del trono la hará caer de la privanza.

LA DIVINA PROVIDENCIA.

Poema eucarístico, dividido en tres cantos (1).

INTRODUCCIÓN.

Lejos, lejos de mí, versos profanos,
Y con sagrada lira

(1) Sólo reproducimos los dos primeros. El tercero es más débil y prosaico.

Cantemos al Señor que nos inspira
Asuntos soberanos:
Lejos de mí los versos que son vanos.
 Como aquel que despierta alborozado
Después de haber soñado
Mil quimeras preciosas,
Pero que como sombra su alegría
Desparece, mirando que estas cosas
Fueron engaños de su fantasía:
Así pienso el que estoy: un gran vacío
Hallo en el pecho mío,
Después de que canté tantos amores
De inocentes zagalas y pastores.
 Mas ya que la verdad con presto vuelo
De la mansión lumbrosa
Baja, y disipa como luz del cielo
La apariencia engañosa
Que tuvieron por fútiles mis versos,
Otros caminos seguiré diversos,
Y elevaré mis tonos entretanto
Que alabo la Divina Providencia
Del numen sacrosanto.
 ¡Oh, si pudiese hacer una pintura
De su amor y clemencia!
Entonces la poesía
Empleara como debe su hermosura,
Y dando en estos cantos
Gracias debidas por favores tantos,
Sus sienes ceñiría
Con un laurel eterno
Que no lo marchitara el crudo invierno.
 ¡Oh, abrázame, mi Dios! dame tu aliento;
Que no tiene la pobre musa mía
Para tanto argumento,
Ni discurso, ni gracia, ni ornamento.
 ¡Oh, si todo lo hubiese de tu mano!
Dame, Señor, tu aliento soberano,
Y mi agradecimiento, y mis amores,
Saliendo del letargo más profundo,

Cantarán tus favores,
Y extenderán tu nombre en todo el mundo.

CANTO PRIMERO.

 Cuando con alas de inmortal deseo
Vuelo hacia todos lados,
Subo y bajo los cielos elevados,
Y tantos seres veo
En su orden respectivo colocados:
Cuando la luz me guía
De la alma religión, nunca pudiera
Preguntarles dudosa el alma mía:
¿Cuál es el numen misericordioso
Que desde su alta esfera
Cuida de tantos seres amoroso?
 Alza, mortal, los ojos, ve y admira
Los cuidados de Dios siempre velando
Sobre toda la gran naturaleza:
Mira los bienes, los regalos mira
Que está siempre manando
La fuente perenal de sus ternezas:
Todo anuncia cariños y finezas
Del padre universal, del Dios de amores,
Que al mirar nuestra débil existencia
Nos colma de favores:
Todo anuncia su amable providencia.
 Ríe el alba en los cielos avisando
Que viene el claro día,
Y luego asoma el sol resplandeciente
Á cuyo fuego blando
Restaura su alegría
Y su vital calor todo viviente.
Sólo Dios pudo ser tan providente:
Su infatigable empeño
Aun en lo más pequeño
Se muestra cuidadoso:
Porque ¿quién sino el Todopoderoso

Dice á las aves, al dejar sus nidos,
Que vuelen en bandadas
Á los anchos y fértiles ejidos,
Para volver cargadas
Á socorrer sus míseros hijuelos,
Que al padre de los cielos
En flébiles piadas
Le piden el sustento?
Sólo Dios pudo hacer este portento.

Pero aun á más se extiende su cuidado,
Viendo por lo que está más retirado:
Porque, ¿quién sino él mismo pule y viste
En el valle más hondo y apartado,
De tan bello color, al lirio triste?
Sólo Dios, el señor de cuanto existe:
Y si su mano ahora
Hace que salga por el alto cielo
La rutilante aurora
Para alegrar la habitación del suelo;
Después hará á la noche que descienda
Sobre nuestra morada,
Y del sueño tranquilo acompañada,
Hará benigno que sus alas tienda.

Entonces cuando el cielo
Parece recogerse, y que ha bajado
La tierra, y que se cubre con el velo
Que la noche de estrellas ha corrido.....
Pero el Señor no duerme..... cuando el mundo,
De lóbregas tinieblas rodeado,
Descansa en un silencio tan profundo
Cual si lo hubiese Dios dado al olvido,
¿Quién sino Dios entonces, al rugido
Del formidable león que en la espesura
Estremece los montes levantados;
Quién sino Dios sus manos extendiera
Para saciar el hambre de una fiera
Que sale entonces de su cueva oscura?

Tales son del Eterno los cuidados:
Al fin es su criatura:

Ella, cual todas, su favor espera,
Pues sólo Dios pudiera
Mantener providente cuantas cosas
Salieron de sus manos poderosas.
Sí, Señor, sólo tú, desde el brillante
Alcázar de diamante
Que elevaste en el alto firmamento,
Sobre todos los seres vigilante,
Y poniendo en seguro movimiento
Los orbes celestiales;
Sí, Señor, desde allá, según el modo
Que apenas se trasluce á los mortales,
Todo lo miras y lo arreglas todo.
¡Todo!..... sí, pues no fuera consiguiente
Que siendo tú el autor de lo criado,
Otro fuera encargado
De ser en cosa alguna providente.
Todo lo riges acertadamente;
Sin que lleve Eölo
El carro de los vientos, ni Neptuno
El cerúleo tridente:
Porque tu cetro, sólo
Tu cetro de esplendor, y no otro alguno,
Sobre el vasto universo representa
El gobierno del Dios que lo sustenta.

Mas ¿qué genio divino,
Como á recios impulsos, me ha obligado
Á subir sobre el cielo cristalino?
Deja, mi musa, deja el estrellado
Lugar, y en manso vuelo
Baja, y me muestra en el humilde suelo
Las grandes profusiones
De Dios en las anuales estaciones:
Baja y canta al Señor, que va guiando
Al año por las tierras circulando.

CANTO SEGUNDO.

Al modo que los hábiles pintores,
En ingeniosos cuadros aplicando

Oportunos colores,
Nos van representando
Los aspectos que el año va mudando ;
Y como en cuatro imágenes procura,
De admirable y feliz correspondencia
Con la madre natura,
Instruirnos la pintura,
Hasta hacernos tocar con evidencia
Los favores de la alta providencia,
Así también ufano yo quería
Que en sus versos lo hiciera
La alegre musa mía.
¡Oh tú, sabio *Barquera!*
Dirígela entretanto,
Dirígela, te ruego, mientras canto
La dulce primavera.
 ¡Cuán bella se nos muestra por el llano,
Y cuál es su decoro
De esa la amable ninfa del verano,
Cuando el sol entra ufano
En la alta casa del carnero de oro!
¡Cuán risueña se mira en la espaciosa
Y afortunada selva, coronando
Al joven año de clavel y rosa!
Y al verla tan hermosa,
Los apacibles céfiros volando,
Los arroyos corriendo,
Los melodiosos pájaros cantando
Y las flores riendo.....
Naturaleza toda á su presencia
Alaba á la Divina Providencia.
 Sigue el año su curso presuroso,
Y en tanto que los cielos van rodando
Sobre sus firmes ejes, va tornando
El sol por su camino luminoso.
Asoma luego el caluroso estío,
Y las espigas de los campos dora
Que hizo brotar la mano agricultora
Entre la escarcha del invierno frío.

Arden los valles; pero el ancho río,
Los bosques y las auras matinales,
Restauran el vigor de los mortales;
Cuando, por otra parte, los despojos
De la alegre y fecunda sementera
Ofrecen mil contentos á los ojos ;
La rubia mies preséntase en manojos
Sobre los altos carros; la galera
En su anchuroso seno la atesora ;
Prepárase la era,
Y la hambre asoladora,
Que hace á las gentes formidable guerra,
Como asustada sale de la tierra.
Resuena en las cabañas la alegría
De la gente del campo bienhadada,
Y la sombra de Ceres disipada,
El canto sube á la región del día.
 Pero el Señor le escucha, y con violencia
Convoca á su presencia
Mil espesos nublados
Que de agua y refrigerio van cargados.
Su seña aguardan y en el mismo instante,
Que responde á su voz el firmamento,
La máquina del mundo, vacilante,
Se pone en movimiento :
Sopla agitado el viento ;
El polo cruje ; el éter se ilumina ;
La catarata se abre repentina,
Y baja por el aire estrepitosa
En torrentes la lluvia cristalina.
Cruza la tempestad, y la frescura
Que deja por la tierra calurosa,
Fomenta el seno de la gran natura.
 ¡Tiempo dichoso en que la huerta amena
Su abundancia nos brinda, ya madura
De frutas tantas con que Dios la llena !
Este es el tiempo en que el cantor famoso
De la otoñal riqueza nos mostraba
Las matutinas horas, y ardoroso

Con su cítara dulce las cantaba
En la cuna del alba amaneciendo,
Al punto que asomaba
Vertumno con sus ninfas, ofreciendo
Á los hombres sus huertos en bonanza.
Sí, *Canazul* felice, hijo de Apolo;
Tú las cantaste con tu dulce afluencia;
Tuya fué para Dios esta alabanza.

.....
Vuelve á templar tu cítara sonora,
Y que repita ufana
Del rico otoño la oriental mañana.
Repítela, mirando la franqueza
Del año dadivoso,
Y allá, como en encanto primoroso
De su genial destreza,
Recorra el velo al cuadro milagroso
De la alegre y feraz naturaleza.

Mas ¡ay! que á nuestros ojos
Otra escena se va representando,
Y la dura inclemencia y los enojos
Del cielo me parece estar mirando,
Cómo el orbe de aspecto va mudando.
Como un sueño ligero,
Desparecen los gustos
Y regalos del tiempo lisonjero.
Ya tornan los disgustos,
Y con ellos al alma su tormento.
Los recios golpes siento
Del robusto aquilón que se desata,
Y la abundancia y todo el ornamento
De la estación fructífera arrebatada.
¿Qué nuevo, qué terrible poderío
Triunfa del año y su verdor maltrata?
Este es el tiempo del invierno frío.

Pero sin él, ¿qué fuera
Del orbe terrenal? ¿La primavera,
Para hacerlo dichoso, bastaría
Que de vistosas flores lo cubriera?

¿El ardor estival feliz lo haría,
Cuando tan solamente sazonnara
La mies que le prepara
El labrador robusto?
¿Y qué si no pasara
El mayor lumínar á más altura?
¿El otoño á sus mesas presentara
Los dones de más gusto
Que pródigo ha sacado
De las entrañas de la tierra dura?
¿Y á qué el invierno, pues, llega cargado
De la escarcha y el hielo?
¿Qué beneficios trajo á nuestro suelo
Su brazo fuerte de rigor armado?
Cual obra en el enfermo y extenuado,
Tornándolo á su vida y fortaleza,
La virtud de Esculapio milagroso,
Así obra en la común naturaleza
La fuerza del invierno riguroso,
Mientras que el delirante
Filósofo atribuye á desconcierto
Del mundo maquinal, lo que es concierto
De la ley del Señor siempre constante,
Aunque aparente elemental desorden.
¿Y á quién tanta armonía,
Tanto primor, tanto orden,
Y tanta divinal sabiduría?
Todas son de la suma Providencia.
Altas disposiciones,
Que, á fin de conservar nuestra existencia,
Arregló las anuales estaciones.
Nuestra existencia ha sido su cuidado:
¡Oh! dilo, musa, en plectro concertado.